

Jordi Amat

La mirada del odio

Hace ocho años crucé mi primer e-mail con Juan Pedro Quiñonero. Corresponsal de *Abc* en París, es uno de los intérpretes más profundos de los males de fondo de la España moderna. Desde hace décadas desarrolla un ensayismo original que rastrea los fundamentos de lo que denomina arquitectura espiritual del país. La cima de su reflexión es ya un clásico: *De la inexistencia de España*. Desde el 2013 viene publicando unos cuadernos que, a partir de un capricho de Goya, piensan nuestros problemas. La serie, retomando a Rimbaud, se titula *Una temporada en el infierno*, el nombre de su blog donde alterna apuntes de actualidad con fotografías que toma él mismo. Quiñonero, que fue tan amigo de Baltasar Porcel y que veranea en nuestro Maresme, es la única persona que conozco que vive en París.

Por Facebook sé que está bien. Por su blog intento descubrir cómo está viviendo la tragedia. “Tiroteos, explosiones, decenas de víctimas”. Es su primera entrada, que incluye el cartel “Pray for Paris” en el que la letra *a* del nombre de la ciudad adopta la forma de la torre Eiffel. Ha incluido, respondiendo a los comentarios de solidaridad de los amigos, un verso de John Donne: “Todo hombre es un pedazo del continente”.

Luego recupera una de sus fotografías. Es del 6 de septiembre del 2014. En la entrada de una estación de metro, al lado de un anuncio erótico de ropa interior de una marca americana, un grafiti con esta frase: “Osama Ben Laden is not dead”. Le parece una perturbadora profecía. Y, ante la desazón, busca en sus clásicos para inquirir la dimensión humana de un atentado que disloca los fundamentos de nuestra sociedad. “Dostoievski y Céline describen con palmaria precisión la matriz intelectual y sociológica (en Francia) de un conflicto difícil o imposible de ganar militarmente, en Siria e Iraq; y cuyo frente local/nacional el Estado francés lleva muchos años diciendo combatir, sin resultados muy evidentes, en los suburbios de las grandes ciudades francesas”. Recupera una serie de fotos que hizo en la *banlieue*. En las miradas se descubre el odio abúlico, tan humano, que los fanáticos instrumentalizan para causar tanta acongojante desolación.●

Josep Otón

Indignación en las aulas

A principios del siglo XX, María de Maeztu enunciaba un pensamiento que no ha perdido actualidad: “Es verdad el dicho antiguo de que la letra con sangre entra, pero no ha de ser con la del niño, sino con la del maestro”. En esa época, el castigo era una práctica generalizada. Por ello, esta pedagoga de la Institución Libre de Enseñanza reclamaba un cambio de perspectiva: el aprendizaje está en función del esfuerzo del profesorado. No le faltaba razón. Cuanto más preparado esté el maestro, mejor aprenderán los alumnos. Pero hoy es-

tamos en el extremo contrario y parece que los resultados académicos dependan sólo del trabajo de maestros y profesores. Crece así la indignación entre unos docentes que sistemáticamente ven vulnerada su dignidad profesional.

La educación ha dejado de ser el privilegio de unos cuantos para convertirse en un derecho fundamental. Pero esta universalización ha comportado la escolarización, no sólo de niños y adolescentes, sino también de los problemas sociales. Muchos conflictos cuya raíz es extraescolar tienen que ser asumidos por los profesionales de la educación. Por ejemplo, el famoso *bullying* se traduce como *acoso*

democrática; es el sentimiento profundo de sentirme, como tanta gente, víctima de lo que los atentados perseguían y no conseguirán.

Seguiremos queriendo la paz; sabremos defender desde la unidad los valores de la libertad; no cambiarán los terroristas nuestras convicciones. No nos harán cambiar. Serán perseguidos, pero ni la rabia nos hará caer en la discriminación. Esto es Francia como símbolo. Mucho antes de que los terroristas hubieran nacido, Francia se había

Con los valores que Francia incorpora históricamente a la causa de la libertad no se juega

visto ya comprometida con la libertad fraternal de todos los hombres y mujeres del mundo, por encima de ideas, religiones, razas y convicciones.

Francia no estará sola en este combate. Ningún país del mundo lo ha estado cuando el terror lo ha convertido en escenario de su odio. Pero con los valores que Francia incorpora históricamente a la causa de la libertad no se juega.

“Vive la France!”

Miquel Roca Junyent



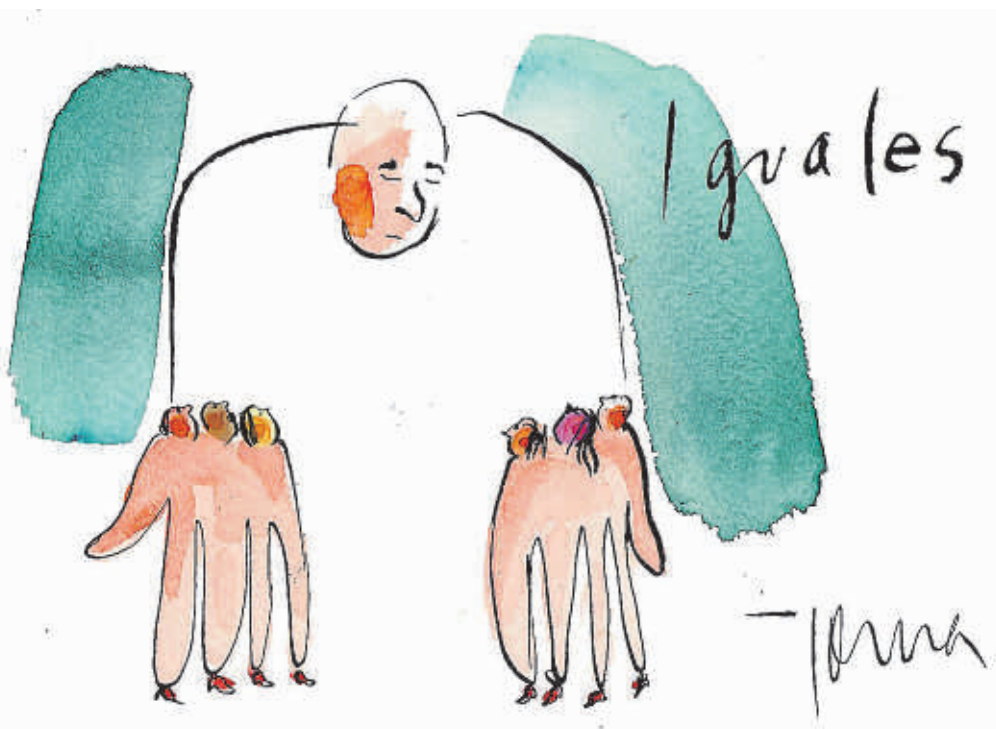
“Vive la France!”

El terrorismo provoca la misma reacción tanto si escoge como escenario Nueva York como Madrid, Londres o París. La condena es la misma, la solidaridad se expresa de formas parecidas, el compromiso de luchar con toda la fuerza de la ley es igualmente inquebrantable. Esta gente que dispone de la vida de los demás sin más justificación que su odio no merece otra cosa que nuestro menosprecio.

Pero los atentados de París tienen una especial significación. Todos somos, en cierta forma, hijos de la Revolución Francesa. Los valores de la libertad, la igualdad y la fraternidad han servido para construir las democracias modernas en todo el mundo. Todos hemos compartido la raíz librepensadora del pluralismo, de la tolerancia, del respeto, de la no discriminación. Con los atentados de París, los terroristas han evidenciado que su enemigo es la libertad; y lo han hecho desde la indignidad. Han negado para sí mismos el respeto que nuestra civilización estaría dispuesta a reconocer a todo el mundo.

Perdón por la personalización; no es mi costumbre hacer uso de ella. Nací en Francia, donde mis padres se encontraban exiliados, disfrutando del asilo que la tradición francesa les otorgó y que los nazis finiquitaron. Francia, tierra de asilo; de libertad y tolerancia. Ahora la expresión de la solidaridad es mucho más que una obligación

TINTA CARGADA Joma



Miguel Ángel Aguilar

‘War on terror’ en francés

En una mimesis del presidente norteamericano George W. Bush –quien, a raíz del 11-S del 2001 con la masacre de las Torres Gemelas de Nueva York, salió de su escondite para declarar su *war on terror* con la Patriot Act, Guantánamo, el bombardeo de Afganistán y por ahí adelante–, ahora el presidente de la República Francesa, François Hollande, ha hecho en su idioma la misma declaración y ha intensificado los bombardeos contra el Daesh, como prefiere denominar al EI. Entiende Hollande que es lo que corresponde hacer a *la France* para preservar su papel de gran potencia cuando se ha sentido agraviada. Porque, lector, las grandes potencias tienen algunos deberes indeclinables en circunstancias graves como el de descargar su *hybris* mediante una demostración fulminante de músculo por encima de lo que recomendaría una meditada reflexión cerebral.

Pero sin incurrir en la menor insolidaridad con quienes han padecido el horror indiscriminado, conviene atender a la dinámica perversa que desencadena una declaración de ese tenor. Don Carlos Clausewitz escribió sobre la *niebla* de la guerra que impide la percepción de la realidad y Norman F. Dixon sobre la dificultad de filtrar el *ruido* del total de informaciones que llegan en momentos de tensión y confusión porque son muy pocos aquellos cuyas facultades mentales se redoblan en medio del estruendo de la guerra como le sucedía a Masséna. Enseguida debe atenderse a los principios de proporcionalidad y de discriminación. Sobre París se ha descargado una acción terrorista indiscriminada con resultado de casi doscientos muertos que son casualidades sangrientas imposibles de subsumir en la categoría de héroes, una distinción muy bien trazada en *Rabos de lagartija*, la novela de Juan Marsé.

Bombardear desde una altura inalcanzable para la artillería antiaérea del adversario forma parte de la guerra asimétrica, esa que garantiza cero bajas propias mientras intenta causar estragos inaceptables al enemigo. Pero bombardear es la opción para un castigo indiscriminado, que cae implacable como el sol sobre justos y pecadores. ¿Estamos contando los muertos que causamos a doble columna, la de los terroristas y la de los transeúntes casuales? ¿Saldrá reforzado el Daesh que intentamos combatir? Veremos.●